

## "DE SUS ESPADAS FORJARAN ARADOS Y DE SUS LANZAS HOCES"

**Abundan en nuestro entorno infiernos desoladores,  
cuyas llamas avivamos entre todos. El amor, que no  
es sentimiento fugaz, sino abnegado compromiso, los  
puede sofocar.**

Por Ana Rivas

El protagonista de la obra de Bernanos **Diario de un cura rural**, el párroco de Ambicourt, cuando la señora condesa le pregunta sobre el infierno, responde: "El infierno, el infierno es dejar de amar. Mientras estamos en vida, podemos hacernos ilusiones, creer que amamos según nuestras propias fuerzas, que amamos al margen de Dios. Pero no nos parecemos más que a los locos, tendiendo los brazos hacia el reflejo de la luna en el agua".

Ya sé que hay personas que niegan o dudan de la existencia de Dios, no es mi intención entrar en estos menesteres, porque ni soy filósofa ni teóloga y doctores hay en la Iglesia y fuera de ella, que podrían disentar sobre ello mejor que yo. Sin embargo, lo que sí creo que es incuestionable, tanto para unos como para otros, es la existencia real y concreta de un infierno, un infierno terrenal, tangible, de aquí y ahora. Otra cosa es cómo se explican su existencia los que dicen no creer en Dios, ese es su problema. Lo que nadie puede negar es el olor avemal que despide nuestra sociedad.

Olor que invade nuestro entorno familiar, laboral, nuestras relaciones sociales, políticas, económicas, nuestras aspiraciones e inquietudes, hasta alcanzar nuestros pensamientos. Sólo así se puede entender la tan cacareada "postmodernidad", que de las tres "b" del anuncio publicitario "bueno, bonito, barato", sólo cumple la última, convirtiéndose en ideología "barata", legitimadora del infierno en que hemos convertido la humanidad.

¿Es que acaso se puede calificar con otro nombre un sistema que genera 570 millones de hambrientos, 800 millones de analfabetos adultos, 250 millones de niños sin escolarizar, 1.500 millones de personas sin servicios sanitarios, 1.300 millones de personas con vivienda inadecuada?

¿Es que puede calificarse de otro modo un desorden mundial en el que el 6% de la población del mundo consume el 35% de sus productos base, donde la renta per cápita de algunos países es 250 veces superior a la de algunos otros (Suiza está ya en los 28.965 dólares y España ya por los 9.261), donde se gasta 70 veces más en armar a los soldados que en educar a los estudiantes, donde el producto de las exportaciones de numerosos Estados no basta para cubrir sus necesidades elementales de alimenta-

ción y los intereses de su deuda, donde los excedentes de alimentos se acumulan y hasta se destruyen aquí, en tanto que allá se muere de hambre, donde la producción industrial se reduce de forma planificada por falta de demanda solvente, mientras que 2/3 de la humanidad viven en una pobreza extrema, donde la ignorancia aumenta en cifras absolutas en lugar de disminuir...?

El último conflicto bélico del Golfo Pérsico, parece haber conmovido a muchos espíritus y voluntades hasta ahora dormidos, y no precisamente en el "sentido de los justos"; que se han rasgado las vestiduras por tamaña barbaridad. Pero, ¿es que acaso estos mismos espíritus y voluntades tan "sensibles" y "pacifistas" no sabían que Oriente Próximo lleva en guerra más de 40 años, desde que el 14 de mayo de 1948 se proclamó el Estado de Israel, o que desde 1945 ha habido más de 129 conflictos armados en el tercer Mundo, con un saldo de 20 millones de muertos, más que en toda la Segunda Guerra Mundial?; ¿es que no tenían noticias de que en estos momentos hay unos 35 conflictos en los que intervienen más de 40 países y que sólo entre 1986-1989 se cifran entre 32 y 36 los enfrentamientos abiertos, especialmente en las regiones más pobres de África, América Central, India, Pakistán, Sri Lanka, el Punjab, donde las hostilidades están a la orden del día; ¿o dónde pensaban que iban los 950.000 millones de dólares que se invirtieron en gastos militares durante el año 1990 o para qué creían que eran las armas que durante estos últimos 20 años han estado vendiendo los "cinco grandes", los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, (Estados Unidos, China, Gran Bretaña, Francia y la URSS) al Próximo Oriente, por valor de 200.000 millones de dólares?; ¿es que ignoraban qué la existencia del tipo de enfrentamientos que el manual **US Army Operational Concept for Low Intensity Conflict** define con las siglas G.B.I., Guerras de Baja Intensidad: "Una lucha político-militar limitada para alcanzar objetivos políticos, sociales, económicos o psicológicos es frecuentemente prolongada y se extiende desde presiones diplomáticas, económicas y psicosociales hasta el terrorismo y la insurgencia. El conflicto de baja intensidad está por lo general confinado a un área geográfica y se caracteriza frecuentemente por la limitación en los niveles de armamento, táctica y de violencia".

No dudo de la inocencia y buena intención de la gente, pero tanta ingenuidad me parece sospechosa.

Pues bien, este es el infierno que hemos preparado para los pobres, un infierno muy "liberal", donde se puede escoger entre morir de hambre o morir en la guerra.

Pero la violencia que durante siglos (qué decir de la etapa colonial y poscolonial), han venido sufriendo estos países y pueblos es un arma de doble filo. Su miseria económica no es más que la consecuencia de la opulencia, el despilfarró y el derroche de nuestras sociedades occidentales, erigidas en beceros de oro, a los que adoramos y veneramos como auténticos dioses.

Nuestra complicidad en el mantenimiento de este viejo desorden internacional es el fruto de la degradación y alienación cultural a la que hemos llegado y si no, ¿cómo interpretar esta abulia y conformidad que demuestran nuestras sociedades ante las prácticas de corrupción, los abusos de poder, el mal uso del dinero público, etc. que se suceden día tras día en el ámbito político, económico, social y cultural de nuestros países y que repercuten, querámos o no, en el resto de la comunidad internacional?

Y por poner sólo un ejemplo: ¿es que un pueblo consciente de su responsabilidad y con la cultura política suficiente, hubiera consentido la tomadura de pelo que ha supuesto la última campaña electoral en España o hubiese permitido la transformación de la escena política en una representación teatral, donde todos se ponen y se quitan la máscara, según el papel que les toque interpretar de acuerdo a sus intereses personales o de partido, al margen de los grandes problemas de la humanidad?

Desde luego, el precio que hemos hecho pagar a los pobres del mundo para costear nuestro buen vivir ha sido y es sumamente elevado, pero el que estamos pagando nosotros también. Nuestra conciencia ha sido acallada a un precio demasiado alto: primero, hemos vendido nuestros cuerpos, convertidos en meros objetos de producción y consumo, perchas donde colgamos toda clase de artículos y objetos, y ahora, añhos, empachados y saciados, estamos a punto de vender nuestras almas.

Hay algo que todavía no ha sido doblegado por el sistema neocapitalista y es la dimensión trascendental y misteriosa del ser humano, que sigue martilleando nuestras conciencias, pero que también corre el peligro de ser engullida por tanta oferta de pseudoreligiosidad, presentada en dosis de sectas, quimrangas, horóscopos, futurología, etc. La violencia espiritual que se ejerce sobre el hombre actual está superando con creces la violencia física de otras épocas y regiones: tanto empeño en negar la dimensión religiosa y trascendental del hombre ha dejado abierto el camino al retorno de las supersticiones que viene a sustituir el hueco dejado por el fin de las ideologías.

El hombre moderno que se ufama de haber sobrepasado las barreras del conocimiento a través de las ciencia y que se vanagloriaba de no necesitar de explicaciones ajenas a él para comprender el curso de los acontecimientos y dominar así la naturaleza, vive rodeado de amuletos, fetiches, talismanes, almas donde dar culto a sus ídolos, con los que intenta apaciguar su desasosiego e inseguridad, su pesadumbre y desazón.

La violencia a la que se somete a nuestras sociedades opulentas es una violencia muy sutil, eférea, vaporosa, que se extiende por el cuerpo social como un cáncer que cuando se manifiesta es ya demasiado tarde. Se trata de una violencia difícil de extirpar porque no tiene rostro. Al contrario de lo que sucede con la violencia ejercida sobre los pobres del mundo, que tiene nombres y apellidos (los nuestros, los de todos aquellos que gozamos de más de lo necesario y por ello superfluo), el estado de violencia soterrada de nuestras sociedades nos empuja a creer de nuevo en la fuerza del destino, del azar incontrolado y fortuito: ¿pobres malditos que les ha tocado nacer en África, Asia o América del Sur y qué suerte la nuestra por haber nacido en Europa, América del Norte, Japón, ...!

Poco a poco vamos haciendo dejación de nuestros deberes, de nuestras responsabilidades, de nuestra capacidad de acnair sobre los acontecimientos y la historia; vamos reduciendo nuestro campo visual de tal manera, que ya sólo vislumbramos los metros cuadrados que nos corresponden a cada uno ya sea de nuestra casa, calle, trabajo o chalet de la sierra. Y lo peor es que nuestro espíritu, nuestra capacidad de amar al otro (no a nosotros mismos que eso lo hacemos muy bien) también va encogiendo, disminuyendo, como si estuviera sometido a un proceso de rumbiismo y enanismo.

Cada vez que apagamos la T.V. porque nos molestan la imágenes de los desaharrapados y hambrientos que aparecen, cada vez que consentimos una injusticia cerca

de nosotros, cada vez que nos doblegamos al poder de los fuertes o actuamos servilmente a cambio de un beneficio o favor más, cada vez que no actuamos libremente, sino constreñidos por el miedo a perder nuestros privilegios, estamos extinguiendo un poco más esa mecha de luz que todo hombre lleva en su interior y que le distingue del resto del reino animal.

Los científicos han descrito ya la muerte por hambre: "Al comienzo, el hambre se hace sentir constantemente, ya sea cuando se trabaja, se descansa o se duerme, incluso en los sueños se hace presente... El vientre pareciera que grita, luego se hincha. La piel se agrieta. El sujeto siente como si le estuviesen devorando los órganos. Pero llega un momento en que se pierde el hambre; el dolor ya no es agudo, se hace sordo. Un día el hambriento ya no se levanta. Todo su pensamiento se eclipsa en un chipecroteo de cejas dolorosas. Pausas definidas y separadas en el ritmo respiratorio. La cabeza se inclina hacia atrás, la mandíbula queda colgante. Los ojos se apagan; la pesadilla se convierte en frío estupor y ese hambriento muere, sin ruido, acurrucado; ni siquiera puede protestar o rebelarse".

Podríamos preguntar también a esos mismos científicos, por los síntomas que presenta la muerte de la conciencia, porque seguramente más de uno ha pasado por ella. Quizá así estaríamos aún a tiempo de evitar la catástrofe, porque si no nuestra civilización que dice haber matado a Dios y que parece encaminada a destruir al hombre, no tiene más salida que la del punto inicial "y al principio era la nada".

Así pues, es urgente que nos planteemos desde ya retomar el timón de la historia, la personal y al colectiva, porque todos estamos embarcados en la misma nave, si bien unos vamos en primera y otros en la bodega. Y cuando la nave se empieza a hundir, ya sabemos que aunque los primeros en morir son los de abajo, tarde o temprano nos llega la hora a todos.

Sin embargo, para que nuestra reflexión sea capaz de dar respuesta a las grandes paradojas y contradicciones actuales, debe partir no desde una actitud de soberbia y orgullo, sino de humildad y magnanimidad. Sería bueno, que empezáramos haciéndonos aquella pregunta que el fariseo planteó a Jesús: "Señor, ¿cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Podría entrar otra vez en el vientre de su madre y volver a nacer?"

Yo soy de la opinión de que sí, de que es posible empezar de nuevo si somos capaces de transformar las paradojas, las incógnitas, las contradicciones en promesas, en signos de esperanza; si junto a lo viejo, lo caduco, somos capaces de descubrir lo nuevo, lo que está por nacer y que espera ser desvelado, es decir, imaginado y creado.

Hoy está todo por hacer, porque la principal revolución, la única que puede convertir al ser humano y con él al mundo, es la "revolución del amor" (que nada tiene que ver con ese descafeinado que promueven los gobiernos desde determinadas campañas, lo cual es señal de no tener idea de nada y de confundir como siempre, "el tucino con la velocidad"). Ya sabemos lo que dan de sí las revoluciones que desde el odio y el rencor se han llevado a cabo, ensayemos pues la revolución que tantos hombres se esforzaron por hacer realidad y en la que dejaron sus vidas.

Es verdad que estamos todos despiñados, confusos, sin saber por dónde empezar, pero sería ya un buen comienzo que nos puséramos de acuerdo al menos en el punto

de arranque; reconocer el peligro que corre la integridad de la persona, no sólo su integridad física sino también espiritual (trascendental, póngasele el nombre que se quiera); reconocer nuestra culpabilidad y complicidad y estar dispuestos a denunciar y renunciar a los privilegios de los que disfrutamos, a costa de los desheredados del mundo. Querer transformar la realidad poniendo como meta los 28.695 dólares de renta per cápita de los suizos, me parece que sería un mal comienzo, ¿por qué no empezar a rebajar el nivel de vida de nuestras naciones ricas y aumentar el de las naciones pobres, hasta que coincidiáramos en un bienestar digno, en donde los hombres dispongan de las condiciones mínimas para desarrollarse como personas y restituir así al ser humano su unidad rota por el materialismo que provoca el exceso de unos y la escasez de otros?

Sólo de este modo, creo que es posible salir de este callejón oscuro en el que estamos atrapados y hacer triunfar la "revolución del amor", hasta la realización de aquellas palabras del profeta: "de sus espadas forjarán arados y de sus lanzas hoces. Las naciones no levantarán ya más la espada contra otra y jamás se llevará a cabo la guerra" (Is. 2,4).

Ana Rivas Rivas

Socióloga. Miembro del Movimiento de Acción Cultural Cristiana